

# “YO ME SENTÍ ENGAÑADO”: MEMORIA HISTÓRICA Y POSMEMORIA DE LA TRANSICIÓN DESPUÉS DE LA CRISIS ECONÓMICA

Kostis Kornetis\*

\*Universidad Carlos III, España. E-mail: [kkorneti@hum.uc3m.es](mailto:kkorneti@hum.uc3m.es)

Recibido: 23 mayo 2018 / Revisado: 11 septiembre 2018 / Aceptado: 7 octubre 2018 / Publicado: 15 junio 2019

**Resumen:** El movimiento de los Indignados, también conocido como movimiento 15M, a raíz del desencanto producido por la situación de crisis generalizada de los primeros años del nuevo siglo, va a canalizar su discurso a través de una reconceptualización del mito de la Transición a la democracia. A través de diversas fuentes, entre ellas entrevistas, libros y películas, el artículo centra atención en la relación que éstos establecen entre la Transición y la llamada memoria histórica.

**Palabras clave:** Transición democrática; movimiento de los indignados; memoria histórica; reconceptualización; posmemoria

**Abstract:** The Indignados movement, also known as the 15M movement, in the wake of the disenchantment caused by the widespread crisis situation of the first years of the new century, will channel its discourse through a reconceptualization of the myth of the Transition to Democracy. Through various sources, including interviews, books and films, the article focuses attention on the relationship they establish between the Transition and so-called historical memory. The problems of the crisis will be associated with unresolved problems during the Transition to Democracy process, and so there will be a rejection of the so-called transition myth.

**Keywords:** Democratic Transition; indignados movement; historical memory; posmemory

El caso español ha sido evocado de forma recurrente como una “transición modélica”, como el triunfo de la voluntad política y la negociación. Influyentes politólogos como Juan Linz y Alfred Stepan crearon una hagiografía de la Transición española acaecida tras más de treinta años de dictadura franquista. Desde el hundimiento del comunismo en Europa oriental en 1989, España ha sido constantemente citada como el paradigma de transición democrática que debía ser replicado. La crisis económica actual ha desencadenado una importante relectura pública de este proceso. Los indignados de 2011 eran, en su mayoría, gente nacida durante la Transición, que sacudió la política española con una movilización sin precedentes a escala estatal. La memoria social antitética que emergió durante el ciclo de protestas que provocó la crisis contesta precisamente este modelo de “transición ejemplar”, tanto en su vertiente oficial como en su vertiente de narrativa académica.

## 1. PASADO IMPERFECTO

La Transición empezó de inmediato tras la muerte del General Francisco Franco en 1975 cuando su sucesor como jefe de estado, el rey Juan Carlos, emprendió un rápido proceso de apertura en 1976-77 con el apoyo del joven primer ministro Adolfo Suárez. Dado que la apertura política fue, en parte, el resultado de un acuerdo entre el rey, miembros reformistas del régimen de Franco, socialistas y comunistas, los defensores de este proceso lo denominaron “pactos de reconciliación”, mientras que sus detractores los describieron como “pactos de silencio”<sup>1</sup>. En palabras de la

<sup>1</sup> Ver Kornetis, Kostis y Ban, Cornel, “Past (Im)perfect and Present (Dis)continuous? The Spanish and Greek

historiadora Ruth MacKay, “la Transición fue una serie de elaborados, delicados y hasta peligrosos acuerdos y mecanismos que desembocarían en la escritura de una nueva constitución, la convocatoria de elecciones democráticas y el establecimiento de una plétora de instituciones y leyes nacionales y regionales”<sup>2</sup>.

Tres tipos de tensiones, desatendidas por los agentes institucionales del cambio político, emergieron como resultado de este proceso. La primera tuvo lugar entre la memoria oficial y la memoria social del pasado. Los líderes políticos del consenso no estaban centrados en primer término en curar las heridas de conflictos y dictaduras, sino más bien en generar un proyecto político específico que aspiraba a superar diferencias en una sociedad dividida y forjar un consenso nacional. En lugar de reevaluar los períodos de la Guerra Civil y la dictadura, se afanaron en atender las exigencias políticas del momento y en consolidar normas y prácticas democráticas<sup>3</sup>. No se atendieron los enormes traumas que cuatro décadas de represión dejaban tras de sí. No obstante, las necesidades sociales para la curación de una memoria traumática no coinciden (necesariamente) con las prioridades de los políticos. Por tanto, entre la valoración oficial y la memoria social de la Transición creció una profunda discrepancia que Paloma Aguilar considera potencialmente peligrosa<sup>4</sup>. Este desequilibrio de la memoria, que se encubrió con silencio y olvido durante los propios años de transición, está volviendo a emerger, con fuerza, en el contexto de la crisis actual.

La segunda disparidad ocurrió entre las expectativas que mucha gente depositó en la transición democrática y sus resultados reales. Aquellos que soñaron con un cambio radicalmente nuevo se vieron profundamente frustrados por un proceso “impuesto” por élites políticas y eco-

nómicas, generando, con ello, el estigma de una transición orquestada desde arriba. Los críticos percibieron oscuros motivos y aspiraciones tras los pactos de silencio: estos fueron rechazados o bien como el producto de la ingeniería política de unos cargos orgánicamente conectados con el Franquismo o bien como obra de una izquierda que acabó por institucionalizarse para participar de la nueva estructura de poder. De hecho, en España no se asistió a la movilización socialista radical de los obreros industriales y los campesinos portugueses, como tampoco tuvo lugar el juicio y encarcelamiento de los altos mandos del antiguo régimen como en Grecia<sup>5</sup>. Sin embargo, entre 1976 y 1977, la vida política española estaba lejos de ser pacífica o estar controlada por las élites. Significativamente, la *reforma pactada* concebida por las élites tuvo que hacer frente a un trasfondo de movilización nacionalista y obrera. La violencia generalizada fue desencadenada por ETA y por las represalias gubernamentales que condujeron al estado de excepción en el País Vasco en 1976. Olas consecutivas de asesinatos, secuestros y tiroteos policiales desgarraron la vida política española entre la adopción de leyes de reforma política que dieron a España un sistema plural de partidos políticos y la convocatoria de las primeras elecciones libres y justas en 1977 y el aumento continuado de los asesinatos políticos hasta 1980<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Bermeo, Nancy, “Sacrifice, Sequence, and Strength in Successful Dual Transitions: Lessons from Spain”, *The Journal of Politics*, 56/3, 1994, pp. 308-309; Siani-Davies, Peter y Katsikas, Stefanos, “National Reconciliation After Civil War: The Case”, *Journal of Peace Research*, 46, 2009, pp. 566-567.

<sup>6</sup> Ver, al respecto, Sánchez-Cuenca, Ignacio y Aguilar Fernández, Paloma, “Violencia política y movilización social”, en Baby, Sophie, Compagnon, Olivier y González Calleja, Eduardo (dirs.), *Violencias y transiciones políticas a finales del siglo XX. Europa del sur – América latina*. Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 95-111. En su opinión, el aumento significativo de la acción colectiva desde abajo durante estos años era la única forma que la gente tenía para expresar su desacuerdo con la transición en curso tal y como estaba siendo orquestada desde arriba. Ver también Ysàs, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia (1960-1975)*. Barcelona, Crítica, 2004; Sartorius, Nicolás y Sabio, Alberto, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre de 1975-junio de 1977)*. Barcelona, Temas de Hoy, 2007, además de la crítica sobre este punto expresada por Dolidier, Arnaud, “Citoyenneté, Démocraties et laterite politique: le cas du “15-M” au sein d’el país et d’el ABC”, *Historia Actual On-Line*, 27, 2012, p. 39.

Democratic Transitions Revisited”, artículo no publicado presentado en el *Center for European and Mediterranean Studies* de NYU en Abril de 2011. Esta introducción reproduce algunos de los puntos planteados en ese artículo.

<sup>2</sup> MacKay, Ruth, “History on the Line. The Good Fight and Good History: The Spanish Civil War”, *History Workshop Journal*, 70, 2010, pp. 199-206.

<sup>3</sup> Ver, al respecto, Field, Bonnie N., *Spain’s ‘Second Transition’: The Socialist Government of Jose Luis Rodriguez Zapatero*. London, Routledge, 2010.

<sup>4</sup> Aguilar Fernández, Paloma, *Memory and Amnesia. The role of the Spanish Civil War in the Transition to Democracy*. New York, Berghahn Books, 2002, p. 2.

El tercer asunto controvertido tuvo que ver con los residuos de autoritarismo. El conservadurismo social y la represión cultural no fueron eliminados. Tampoco la discriminación política desapareció de la noche a la mañana<sup>7</sup>. La policía, el elemento más persistente del viejo régimen junto con el ejército, no cambió sus tácticas. Varios de los episodios más violentos de finales de la década de 1970 estuvieron protagonizados por fuerzas policiales, de nuevo el último brazo del Estado en ser democratizado. Las numerosas muertes de manifestantes a lo largo del período transicional han sido escamoteadas por lo que se ha convenido en llamar “amnesia colectiva”<sup>8</sup>. La cooperación entre los líderes políticos se acordó específicamente sobre la premisa de intentar no revivir los recuerdos de la Guerra Civil —un esfuerzo con el que, según parece, los votantes estuvieron de acuerdo. En última instancia, este olvido oficialmente inducido terminó por abarcar el proceso de transición en sí mismo<sup>9</sup>. Como el historiador Paul Preston indica acertadamente, “la determinación de una gran mayoría de la población española por asegurar una transición a la democracia sin derramamiento de sangre y evitar repetir la violencia de otra guerra civil no solo apaciguó todo deseo de revancha sino que también implicó *el sacrificio del deseo de saber*”<sup>10</sup>. Cualquier análisis crítico de la Transición era visto como una crítica de la democracia en sí misma<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> Por ejemplo, en una fecha tan tardía como marzo de 1978, una corte militar condenó a dos años de prisión a cuatro miembros del grupo catalán de teatro *Els Joglars* por “difamar al Ejército en una obra”. Ver Delgado, María, *Spanish Theatre 1920-1995: Strategies in Protest and Imagination*. London, Taylor & Francis, 1998.

<sup>8</sup> Aguilar Fernández, Paloma, *Memory and Amnesia...*, op. cit., p. 17.

<sup>9</sup> Ver Kornetis, Kostis, “Las transiciones democráticas griega y española en retrospectiva”, en Frías, Carmen, Ledesma, José Luis y Rodrigo, Javier (eds.), *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales. Actas del VII Congreso de Historia Local de Aragón*. Zaragoza, IFC, 2011.

<sup>10</sup> Preston, Paul, *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution and Revenge*. London, W. W. Norton & Company, 2006, p. 12.

<sup>11</sup> Una excepción notable es el trabajo de Robert M. Fishman sobre las luchas obreras durante la Transición. Ver, por ejemplo, Fishman, Robert M., “The Labor Movement in Spain. From Authoritarianism to Democracy”, *Comparative Politics*, 14, 1982.

## 2. REVISITAR LA MEMORIA

Todo este cuidadoso sellado del pasado se verá desbordado décadas más tarde. En octubre de 2000, la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH)—una organización española sin ánimo de lucro formada por voluntarios que investiga los abusos del Franquismo—llevaba a cabo la primera exhumación de una fosa común que contenía los restos de trece civiles asesinados durante la Guerra Civil y enterraba dignamente sus restos. Inevitablemente esto resucitó memorias reprimidas, “desenterrando” el que fuera secreto inconfesable de España durante muchos años y rompiendo el silencio sobre el pasado<sup>12</sup>. En 2007 el primer ministro socialista Zapatero aprobó la llamada “ley de memoria histórica” que reconocía los derechos de las víctimas de la violencia durante la Guerra Civil. La ley no solo era el resultado del paso del tiempo sino también del nuevo equipo progresista del PSOE. Mariano Rajoy, líder del entonces opositor Partido Popular, reiteró que él estaba “en contra de reabrir viejas heridas”.

Sin embargo, en contra los deseos de Rajoy, historiadores, sociólogos, politólogos y periodistas empezaron a reevaluar el pasado. España se vio inundada por investigaciones en revistas, programas televisivos, biografías, recuerdos y testimonios que actuaron como vehículos de memoria. Al final de la primera década del nuevo milenio, pocos escritores no habían escrito su propia novela sobre la Guerra Civil o la posguerra tras haber llevado a cabo investigaciones históricas exhaustivas que a menudo difuminaron las fronteras entre historia y ficción. Se asistió a una avalancha de series de televisión ambientadas en estos años turbulentos, desde la Segunda República (1931-1939) hasta los últimos años 70. La conocida telenovela “Amar en tiempos revueltos”, una serie de ficción ambientada en la Guerra Civil y la posguerra emitida de lunes a viernes en horario de sobremesa y vista por más de 3 millones de espectadores, contribuyó particularmente a este *boom* de la memoria.

El fenómeno opuesto puede ser observado en la popular serie de televisión “Cuéntame cómo pasó”, que introdujo una moda retro que en cierto modo estetizó el tardofranquismo haciéndolo parecer *cool*. Esta serie, centrada en una “típi-

<sup>12</sup> Davis, Madeleine, “Is Spain Recovering Its Memory? Breaking the ‘Pacto del Olvido’”, *Human Rights Quarterly* 27/3, 2005, pp. 858-880.

ca” familia española de clase media complacía la nostalgia<sup>13</sup>, trivializando el carácter autoritario de los últimos años del régimen—una actitud que ha sido internalizada por la mayor parte de la sociedad española. El novelista Isaac Rosa—actualmente en la treintena—ha sido explícitamente crítico con este giro nostálgico hacia el pasado reciente. Como menciona en su aclamada novela *El vano ayer* (2005), “novelistas de guante de seda, cineastas industrializados y hasta alguna serie de televisión... ha[n] culminado la corrupción de la memoria histórica mediante su definitiva sustitución por una repugnante nostalgia”<sup>14</sup>. El silencio ha sido reemplazado por un marcado énfasis en el pasado, algo que he denominado “el síndrome de la Transición”<sup>15</sup>, en acuerdo con el historiador francés Henry Rousso que famosamente habló del “síndrome de Vichy”. Rousso reconoció cuatro fases distintas, en la tradición analítica freudiana en como la sociedad española para hacer frente a – la primera del luto, la segunda de la fase de la construcción del mito, la tercera del romper con el mito con la erupción del “reprimido” – el retorno del reprimido, y luego la fase final, es la fase de la obsesión. Lo que está pasando en España hoy, comparado con el caso griego y el caso portugués, es claramente una obsesión. Rousso lo llama todo esto con una palabra: neurosis<sup>16</sup>.

Es precisamente esta nostalgia por los años de transición—tan prevalente a principios de los 2000, cuando estas series aparecieron por primera vez—lo que la actual crisis está desafiando, conduciendo a un reexamen del pasado reciente y a un esfuerzo por entender mejor sus limitaciones. En verano de 2011, la tendencia a evocar el Franquismo como un precedente directo de la represión y acusar a la Transición de crear unos débiles cimientos democráticos y un enfermizo sistema político estaba consolidado como un marco de protesta con la aparición de los indignados.

Los nuevos activistas fueron etiquetados como “los indignados” en alusión al manifiesto de Stéphane Hessel *Indignez-vous*. Este llamaba a la juventud a resistir la apatía y oponerse a la

des-democratización del Estado y a una economía global considerada la causa de la desigualdad creciente entre ricos y pobres<sup>17</sup>. El hito para la politización de los jóvenes estaba directamente relacionado con la crisis económica. 2011 se reveló como un momento de politización, un rito de iniciación y un trampolín para la emergencia de una nueva subjetividad política. El movimiento que empezó desde la acampada en la Plaza del Sol en Madrid en mayo de 2011 —el apodado 15M— pareció capitalizar el entusiasmo general que la reciente Primavera Árabe había generado para las perspectivas de acción social.

Un aspecto interesante de los indignados es el modo en que se implicaron en una reconceptualización radical del pasado. Los años 70 se convirtieron en un asunto de contestación abierta, y no tanto la Guerra Civil o el período franquista como había ocurrido hasta el momento. Capitalizando el citado síndrome de la Transición, esta nueva generación de activistas rechazó el más conocido y ampliamente aceptado lugar común que dio forma a la memoria “hegemónica” del país, esto es, los mitos fundacionales de la democracia española. En términos generacionales, en las palabras de, Emilio Silva, protagonista del ARMH y de las primeras excavaciones en 2000, nieto el mismo de alguien matado y enterrado en una fosa común, “la ocultación de un pasado traumático, de sus consecuencias, de la permanencia de sus injusticias, tiene un límite, y en este caso ha sido la incorporación de una nueva generación, la de los nietos, a la vida pública. Una nueva generación necesita contrastar el relato heredado, ponerlo a prueba, cuestionarlo antes de decidir si lo adopta o si necesita elaborar uno nuevo”<sup>18</sup>. Esta frase está en el prólogo de Silva por el libro de Juan Carlos Monedero - politólogo y protagonista de la formación de *Podemos* unos años después - llamado “La Transición contada a nuestros padres”, contemporáneamente a los acontecimientos de los acampamientos<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Hughes, Neil, “‘Young People Took to the Streets and all of a Sudden all of the Political Parties Got Old’: The 15M Movement in Spain”, *Social Movement Studies* 10/4, 2011.

<sup>18</sup> Monedero, Juan Carlos, *La Transición contrada a nuestros padres. Nocturno de la democracia Española*. Madrid, Catarata, 2011.

<sup>19</sup> Con un toque similar es el libro de Rodríguez López, Emmanuel, *Por qué fracasó la democracia en España. La transición y el régimen del 78*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2015. Rodríguez era miembro de la *Fundación de los Comunes*, un colectivo cultural muy cerca de 15M. Gustrán Carmen y Quiroga, Alejandro,

<sup>13</sup> Labanyi, Jo, “Review”, *Screen* 48/3, 2007, p. 291.

<sup>14</sup> Rosa, Isaac, *El vano ayer*. Madrid, Seix Barral, 2005, p. 24.

<sup>15</sup> Kornetis, Kostis, “Las transiciones democráticas...”, op. cit., p. 202.

<sup>16</sup> Rousso, Henry, *The Vichy Syndrome. History and Memory in France since 1944*. Cambridge M. A., Harvard University Press, 1991, p. 11.

Monedero en el libro se explica en manera muy directa el conflicto intergeneracional que iba a dominar los discursos memorialísticos en la escena pública en los próximos años y esta nueva mirada hacia el pasado. Ambos Monedero y Silva atacaron directamente historiadores muy establecidos como Santos Juliá o José Álvarez Junco de la generación anterior. En una entrevista con el autor el mismo Silva dijo:

“Historiadores como por ejemplo Santos Juliá, uno de nuestros grandes acosadores, diríamos. Él está constantemente confundiendo su acción personal en la Transición con lo que fue la Transición. Entonces, que un historiador diga que cómo... que estos de las memoria “Qué vergüenza, que dicen que nunca se habló del tema, pero Entreviú publicó reportajes...”, ¿Cómo un historiador puede decir, desde la academia...? O sea, ¿Tú crees que ya con lo que contó Entreviú ya nos vamos a casa y ya está contado? Por favor, no”<sup>20</sup>.

Es importante mencionar aquí el papel de una nueva generación de jóvenes historiadores, bastante cerca de 15M, también, insistiendo que el mito de la Transición se fondo en un pacto de olvido sobre el pasado. Esto es fundamental porque los historiadores son los clásicos “vectores de memoria”, según la descripción de Henry Rousso y Pierre Nora. Se observa, entonces, un fuerte choque generacional, de nietos o bisnietos, la llamada “tercera generación”, en conflicto con la generación anterior, en términos ideológicos. Uno tiene que añadir aquí que el debate académico y aquello político-social estén muy relacionados entre si y se retroalimentan.

Aquí es importante aproximarse a algunos de los actores en sí mismos e investigar la relación de los activistas con el pasado. He realizado cuatro entrevistas cualitativas en Madrid: con tres activistas claves—Patricia Orrillo, Stéphane Grueso y Ana Bastero—que estuvieron implicados directamente en los eventos del 15M y con una participante de base, Patricia Martín Díaz. Mis informantes, de entre 29 y 37 años de edad, son parte de la generación de la Transición. La inves-

---

“Self-portraits of the past. Conflicting narratives of the Spanish transition in a time of crisis (2008-2016)” en Cavallaro, Maria Elena y Kornetis, Kostis (coords.), *Lost in Transition? Rethinking the “Success Story” of South European Democratizations*. London, Palgrave MacMillan, 2017.

<sup>20</sup> Entrevista con Emilio Silva, 15 de octubre de 2016.

tigación documental sobre la Transición ha sido combinada con este estudio empírico como una forma de retratar coherentemente cómo el pasado es renegociado con el presente. A pesar de que la muestra está sin lugar a dudas limitada y de que las entrevistas son examinadas de forma literal, es decir con escaso análisis de discurso, este estudio apunta a cuestiones más amplias sobre la intrincada relación de los activistas con el pasado reciente.

La periodista Patricia Horrillo, una de las líderes de la difusión mediática del movimiento 15M (aunque ella rechaza esta designación) es inflexible a la hora de valorar el descarrilamiento de la Transición. En su testimonio, no solo destaca la idea de la Transición modélica como un engaño en beneficio de las autoridades, sino como una traición intergeneracional en sentido amplio:

“A nosotros nos han vendidos, como generación. Yo soy nacida justo en, soy del 77, con lo cual soy hija de la recién democracia, *hija de la Transición*. A nosotros nos han vendido, a mi generación, la idea de la Transición es la Transición modélica, europea además, mundial. La Transición de una dictadura a una democracia sin ningún conflicto grave, resuelta con racionalidad. Y entonces tú piensas, qué orgullo, no, porque claro, eso te lo cuentan de pequeña, ay qué bien que aquí no se derramara sangre, que no hubiera tal, que no hubiera violencia, qué democracia, qué constitución, que todo es maravilloso”<sup>21</sup>.

Stéphane Grueso —bloguero, uno de los pioneros de las acampadas en la Plaza del Sol y cronista del movimiento<sup>22</sup>— comparte esta actitud y utiliza la misma palabra (“maravilloso”) para designar la imagen idealizada de la Transición: “Aquí tenemos un problema con la memoria histórica y es que aquí no hemos procesado nada, aquí ha sido todo muy ejemplar, nos cuentan, y todo muy maravilloso, pero es mentira”<sup>23</sup>.

El tema de la memoria histórica como parte del actual desencanto de la juventud con la política de la Transición es reiterado por Horrillo. En su narrativa, la noción de la Transición como asunto inacabado se centra en la falta de valentía para afrontar los asuntos espinosos del pasado. No ha habido un ajuste de cuentas con el pasado, no ha

<sup>21</sup> Entrevista con Patricia Horrillo, 14 de junio de 2012.

<sup>22</sup> Ver <http://madrid.15m.cc/>

<sup>23</sup> Entrevista con Stéphane Grueso, 12 de junio de 2012.

habido clausura, y ello se vive como una herida abierta:

“No se puede abrir una compuerta y dejarlo ahí, o se toman las riendas de decir realmente qué pasó, es decir, hay que hacer una revisión de la historia, evidentemente, pero ¿por qué? Porque hay mucha gente que la mat[aron], joder. Yo no tengo gente que mataron, yo no tengo gente en las cunetas, pero tiene que ser muy heavy que se hable pues eso, de la democracia no sé qué no sé cuántos, y no se haya hecho una puta revisión de que es que al fin y al cabo aquí se ha matado a mucha gente, se mató, la represión franquista mató a mucha gente y eso no se ha juzgado, se ha dado y muchos militares que habían tomado esas decisiones y que habían firmado sentencias de muerte, el propio Fraga, bueno, con vítores desde el PSOE, desde el PP, de todos los políticos, el gran Fraga, el gran Fraga, me caguen la puta, que era un ministro franquista, por favor, ¿de qué estamos hablando?”<sup>24</sup>.

El enfado de Horrillo ante el tratamiento del pasado llega hasta el punto de afirmar que la muerte de Franco no significó automáticamente el paso a una democracia real—una referencia típica al emblemático eslogan del 15M que demanda el retorno a una suerte de forma utópica de “auténtica” democracia (“Democracia real ya”):

“¿Qué pasa cuando tu primero te das cuenta de que en España no se acabó con la dictadura? El dictador murió en la cama, eso fue un punto muy importante, no es ninguna tontería, es decir, eh, eso nos define como sociedad. No se derrocó a un sistema totalitario; el sistema totalitario vio la manera de que una vez muerto el dictador, había que reconducir la situación para no quedarnos a la cola de Europa; no por una cuestión ni moral ni de principios, no, no, fue una cuestión de tipo económico y para seguir viviendo bien, o para vivir bien. Pero no creo que tuviera nada que ver con una cuestión de verdadera transición, ¿por qué? Porque una transición sin revisión es una transición fallida, es decir, ¿que ha pasado en otras dictaduras? En Argentina, en Chile, tal. Se hacen juicios contra la gente que mandó matar. Aquí se ha matado a mucha gente, ¿qué pasa? Que, eh, aquí todos estamos gobernados por un partido que no ha no ha dicho “el franquismo era una

dictadura y estaba mal”, habla del régimen como El Régimen y habla de Franco como el General”<sup>25</sup>.

Es importante destacar que las referencias a la dictadura y las comparaciones entre pasado y presente no estuvieron presentes en el 15M desde el primer día. La activista de base Patricia Martín Díaz, por ejemplo, mantiene que en un principio esta idea no estaba presente sino que posteriormente los participantes se radicalizaron y empezaron a trazar paralelismos:

“Al principio la potencia del movimiento, que aunque era muy político era apartidista, no tenía una ideología política detrás, a medida que fueron pasando los meses y que ganó el PP, la gente que seguía protestando se fue asumiendo de izquierdas y por lo tanto se vuelve a las viejas consignas a pesar de que, bueno, todos nosotros o todo el que tiene un poco de cabeza lucha contra ello, pero no, no, no lo puedes evitar. Entonces ahora sí que se hace más referencias a fascistas, falta de no sé qué, vuelta a la dictadura... Ahora sí, pero en esos primeros meses no salía la palabra dictadura, no salía”<sup>26</sup>.

Stéphane Grueso va un paso más allá en la condena de uno de los pilares de “falsa democracia”: la Constitución de 1978 que devino la piedra de toque del Estado español postransicional junto con la amnistía general y el reconocimiento de las diversas nacionalidades. Un asunto clave en torno a la Constitución era su supuesta naturaleza definitiva. El hecho de que en 2012 la Constitución fuera modificada para dar cabida a nuevas y más estrictas regulaciones sobre la deuda nacional suscitó una creciente indignación en una generación que nació y creció con el mito de una Transición perfecta que estableció reglas inviolables. Grueso emplea la palabra crucial “engañado” para expresar su profunda desilusión con todo el proceso:

“Ha habido un momento... que además fue una cosa donde yo personalmente yo me sentí como engañado directamente, que fue una Reforma Constitucional que hicieron PSOE y PP y que era una reforma que la hacían para blindar la deuda, para la deuda que tiene España darle una protección es-

<sup>24</sup> Entrevista con Patricia Horrillo, 14 de junio de 2012.

<sup>25</sup> Ibid.

<sup>26</sup> Entrevista con Patricia Martín Díaz, 15 de junio de 2012.

pecial, con lo cual ahora mismo la Constitución de mi país dice lo siguiente: que el dinero del país tu lo gastas como quieras pero primero tienes que pagar a la Caja Real y a la deuda extranjera, y después puedes pagar el resto, los hospitales, los profesores, los no se qué. Bueno, el tema fue ese cambio de la Constitución, yo tengo 39 años, yo nací dos años antes de que muriera el dictador, pero vamos, soy una persona de la democracia y llevo toda la vida oyendo el rollo este de *Constitución forjada en la sangre de los españoles, no se qué, nos pusimos todos de acuerdo, fuimos capaces, de, no sé qué y tal*, y la Constitución como ese ente inmutable que no se puede tocar, que está ahí y ahora de repente PSOE y PP que llevan enfrentados y no hacen nada juntos, en un fin de semana cambian la Constitución para la deuda. Yo me sentí engañado, me sentí engañado. Y ese día salimos a la calle también y eran unos día de un enfado”<sup>27</sup>.

La reforma de la Constitución sacudió los cimientos de una era de la que se suponía que era garantía, convirtiéndose en sí misma en una metonimia del hundimiento de todas las certezas del pasado, si las hubiera. Esto fue vivido como un desagradable, aunque definitivo, cambio de paradigma. Es lo que *Podemos*, en gran medida los verdaderos herederos de este espíritu indignado, llaman con desprecio “el régimen de 78”<sup>28</sup>.

El periódico *El Diario* publicó una edición especial sobre el fin de la Transición española, donde un buen número de intelectuales—muchos de ellos nacidos *durante* los años de transición—ofrecían una disección de la Transición y una crítica feroz de sus deficiencias<sup>29</sup>. El director del periódico

co, Ignacio Escolar, ataca la idea de la Transición “sin pecado concebida”, apuntando a la creencia, casi teológica, en sus benignos atributos. El líder actual de la Izquierda Unida Alberto Garzón resume con claridad esta actitud: “El relato de la Transición conseguida por hombres brillantes de Estado dispuestos a ceder espacios ideológicos en pos de la unidad común, se ha caído. Los que hemos nacido después del 78 no podemos interiorizar aquel relato”, solo para añadir con manifiesta ironía una pregunta retórica: “¿Es el modelo político, económico y cultural que parió aquella Transición el fin de la historia? ¿No hay nada más?”. Isaac Rosa, otro de los colaboradores en el número, reitera: “Ojo con las palabras: cada vez que oigo hablar de una nueva Transición, pienso exactamente en eso: otra vez la Transición, repetir la jugada 40 años después. . . Por eso ahora, cuando me cuentan lo del proyecto Transición 2, digo: ‘No, gracias, ya vi la primera y no me gustó’” – dice Rosa, ironizando sobre el llamado proyecto de la “nueva transición”, liderado por Pablo Iglesias<sup>30</sup>. De lo que se trata, en términos de la “tercera generación”, es una especie de “posmemoria”, para utilizar el término de Marianne Hirsch, un término utilizado por la segunda y tercera generación de sobrevivientes de la Shoah. Este término revela una serie de suposiciones controvertidas, según Hirsch:

“que los descendientes... conectan tan profundamente con los recuerdos de la generación anterior del pasado que identifican esa conexión como una forma de memoria. Que, en ciertas circunstancias extremas, la memoria puede ser transferida a aquellos que no estaban realmente allí para vivir un evento”<sup>31</sup>.

Pero esto es algo fuertemente debatido por algunos de los protagonistas mismos de la Transición y gente con memorias fuertes del periodo tardofranquista. El veterano líder de Comisiones Obreras Nicolás Sartorius, por ejemplo, se esforzó por dar algo de crédito a la Transición, insistiendo en lo crucial de aquel momento histórico. Un tema central que los movimientos de abajo reabrieron tiene que ver con la ley de amnistía de 1977 y el mismo perdón de las violaciones

<sup>27</sup> Entrevista con Stéphane Grueso, 12 de junio de 2012.

<sup>28</sup> Mientras no ha sido un desarrollo linear – en el sentido que el partido que ha nacido en 2014, participando en las elecciones europeas con sorprendente éxito, es un partido vertical, y no horizontal, liderista y con distintas influencias, del populismo latinoamericano al pensamiento gramsciano, que tienen poco que ver con 15M. De todas formas incorporan y articulan el espíritu de desafección con el pasado como ningún otra formación política en España. Por esta razón no es sorprendente que la crítica se intensificó en los años posteriores.

<sup>29</sup> Rosa, Isaac, Gallego, Javier et al, *El Fin de la España de la Transición. Las lagunas democráticas, el desplome económico y la corrupción noquean el orden de 1978*, Madrid, El Diario, 2013.

<sup>30</sup> Pablo Iglesias, *Una nueva transición. Materiales del año del cambio*. Madrid, Akal, 2015.

<sup>31</sup> Hirsch, Marianne, *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture After the Holocaust*. Columbia, Columbia University Press, 2012.

cometidas por los oficiales de la dictadura<sup>32</sup>. Sin embargo, algunas personas que habían experimentado esos eventos yuxtaponen el miedo y la represión de los años de transición a hoy y el hecho de que los jóvenes en la actualidad no se dan cuenta de lo que realmente significaba ser un militante en ese entonces. Paquita Sauquillo, avocada y defensora de los derechos humanos y partidaria del PSOE, esta también conocida por su militancia pasada a finales de los setenta y el asesinato de su hermano por neofascistas en la masacre de Calle Atocha de enero de 1977. Hoy Sauquillo se hizo Presidenta del Comité de Memoria Histórica. En mi entrevista con ella se refirió a este choque generacional:

“Fundamentalmente lo que queríamos en el año 78 es que salieran los presos que habían estado metidos en la cárcel por delitos sociales, diríamos: manifestación, asociación y pertenecer a asociaciones; y por otro lado, la libertad y la democracia... Entonces, toda la gente de mi generación que habíamos estado luchando contra la dictadura, el ansia era poder salir a la calle en libertad y poder avanzar entre hombre y mujeres en nuestra sociedad, ese era el marco que teníamos. En aquel momento ni teníamos en la cabeza que efectivamente no nos iban a descubrirse a los que estuvieran muertos porque tampoco había mucha gente que decía dónde estaban sus familiares porque les daba miedo hasta entonces haberlo dicho. . . Entonces claro, eso hay que vivirlo en aquel momento, ahora es fácil decir: “Lo hicisteis mal”, pues mire usted, en aquel momento tenía miedo mucha gente”.

Y añade: “Entiendo que es muy difícil que la gente joven se ponga en la cabeza de los que por haber estado en una manifestación tuviéramos que estar tres meses en Yeserías”<sup>33</sup>. Aquí, claramente, cabe destacar de nuevo el problema de la división generacional.

En cualquier caso, está claro que para la generación activista más joven 2011 era el momento en el que el mito de la transición modélica se desmantelaba completamente. Ana Bastero, una activista digital, participante activa en las primeras acampadas y miembro de la Comisión de Difusión en Red de Acampada Sol, señala las frecuentes yuxtaposiciones del pasado con el presente:

<sup>32</sup> Aguilar Fernández, Paloma, *Memory and Amnesia...*, op. cit.

<sup>33</sup> Entrevista a Paquita Sauquillo, 6 de septiembre de 2016.

“Cuando fue lo de la primavera valenciana, los estudiantes y demás, había a nivel gráfico, hay una foto, bueno un montaje bastante interesante en la que se ve una montañita de gente, digamos, una aglomeración de gente, y unos policías pegando indiscriminadamente y la gente sentada en el suelo; y se montaba otra imagen que era de los años de época de Franco en los cuales se veía otro montoncito de gente y los grises pegando. Entonces las fotos están las dos montadas y era exactamente la misma imagen, el mismo recuerdo. Entonces otras veces por ejemplo, a nivel redes sociales y demás, el empezar a criminalizar a, bueno, la intención de empezar a criminalizar la resistencia pasiva, es decir, la respuesta a eso es la dictadura, es un *hashtag* de quema la dictadura que muchas veces pulula por Internet. Igual cuando ganó las elecciones Rajoy, bienvenidos a 1944”.

Y añade:

“No sé, hay mogollón de cosas que no tienen sentido. Entonces los recuerdos se hacen eso, de forma más puntual... No es que hay un análisis de ah, pues en una dictadura pasaba no sé qué no sé cuántos y ahora pasa no sé qué; no, hay como más puntual, oye pues mira, el día que tenemos un partido pues eso, con mayoría absoluta, pues esto es dictadura esto es, el que se aprueben leyes sin debatir, que se cambie Constitución y demás, esto parece más dictadura; la represión que hay, pues eso, ir buscando fotos en las que encuentras ese paralelismo y demás”<sup>34</sup>.

Stéphane Grueso comparte este sentimiento de retorno, en el presente, a un estilo autoritario propio de los años 70:

“Cada vez que nos juntamos vienen y nos echan. Es impresionante. A parte de la violación de derechos fundamentales y civiles y ese tipo de cosas que también estamos trabajando en ello, no, porque aquí estamos ahora mismo en una carrera *de volver a la dictadura* que es acojonante. Usan distinto tipo de violencia con nosotros y siguen

<sup>34</sup> Entrevista a Ana Bastero, 13 de junio de 2012.



desconcertados, que a mí es lo que me hace gracia"<sup>35</sup>.

Esta conclusión reverbera no sólo en el movimiento 15M y la prensa alternativa sino también en el arte y particularmente en el cine. Diversos directores jóvenes han empezado a lidiar con el momento de la Transición—ya sea su principio o su final—desde un punto de vista crítico. La película taquillera *La isla mínima* de Alberto Rodríguez Librero (2014) reconstruye la época de la Transición tardía como un lugar oscuro y violento. Este thriller, ambientado en 1980 en Andalucía, mostró algunos de los problemas morales que se presentaron con el mantenimiento de una fuerza policial franquista no reconstruida en un tiempo de democracia. En las palabras de Carmen Gustrán y Alex Quiroga "la películas también sugirió que las antiguas élites franquistas, los señoritos andaluces locales, pudieran (literalmente) acabar con el asesinato, independientemente de la existencia de un nuevo régimen constitucional. Al igual que en el ámbito político y académico, la crítica cultural de la narrativa de transición modélica se basó en destacar las continuidades entre la dictadura y el régimen democrático recientemente creado"<sup>36</sup>. *El futuro*, de Luis López Carrasco —una película sobre la celebración de la victoria socialista en 1982— e *Ilusión*, de Daniel Castro—una comedia sobre un joven cineasta que intenta producir un musical sobre los Pactos de la Moncloa—son ejemplos ilustrativos de esta nueva corriente que también rompe con un largo silencio cinematográfico sobre la Transición. En una entrevista conjunta con el periódico *El Confidencial* ambos son denominados "los hijos cabreados de la Transición" ya que Carrasco nació en 1981 y Castro en 1972. En la entrevista, ambos aportan una crítica feroz de las películas producidas en la era de la Cultura de la Transición que abordaron la historia española en términos esencialmente maniqueos y simplistas<sup>37</sup>.

## CONCLUSIÓN

Este artículo ha tratado de subrayar el hecho de que un elemento fundamental en la auto-representación y comprensión de los indignados gira en torno a la Transición a la democracia. Se ha

tratado de trazar la reconceptualización de la Transición que iría desde la amnesia al "síndrome de la Transición" al actual rechazo. Basándose en diferentes fuentes, que incluyen entrevistas, libros y películas, este artículo ha intentado analizar cómo estos activistas sociales perciben su relación con la Transición y la llamada memoria histórica, explorando las formas complejas en que el pasado conflictivo está siendo resignificado y reenmarcado por los actores sociales en el presente.

La teórica Ofelia Ferrán predijo acertadamente hace unos años que "aquellos aspectos del pasado de España que se ha intentado que sean olvidados, reprimidos, volverán inevitablemente y funcionarán como 'lapsus sintácticos', como 'resistencias' a la narrativa historiográfica oficial de la Transición que da excusas sobre el pasado...". Ese tiempo es hoy, en la medida en que la crisis ha actuado como catalizador de un "retorno de lo reprimido", contribuyendo al desgaste de la imagen perfecta de la que ha gozado la Transición durante años y en la aparición dramática de "posmemorias". No obstante, a pesar de la crítica vehemente de los años 70 y su legado, el grito de las calles y los debates historiográficos han convertido la Transición en una sinécdoque de la sociedad española, agonizando entre pasado y presente, recuerdo y olvido, procesos ejemplares e inacabados, reconciliación y traumas vigentes.

<sup>35</sup> Entrevista con Stéphane Grueso, 12 de junio de 2012.

<sup>36</sup> Gustrán Carmen y Quiroga, Alejandro, "Self-portraits of the past...", op. cit.

<sup>37</sup> López Carrasco, Luis y Castro, Daniel, "Hablan los hijos cabreados de la Transición", *El Confidencial*, 20 de enero de 2014.

